

## LITERATURA PARA NIÑOS EN COLOMBIA: EN BUSCA DE UN LENGUAJE PROPIO



### A MANERA DE PREÁMBULO

A partir de la década de los ochenta del siglo XX, la literatura para niños en Colombia emergió casi de la nada y se convirtió en un movimiento vivo: seminarios, congresos y demás espacios de debate intelectual se consideraban completos sólo si incluían a un escritor, editor o ilustrador de este género para enriquecer los diversos puntos de vista. El mercado se llenó de promotores y vendedores y los concursos, ediciones, y hasta las librerías dirigidas al público infantil, se multiplicaron.

¿Por qué este interés en algo aparentemente sin importancia? ¿Sólo por razones de mercado? ¿Sólo por moda pasajera? Son muchos los interrogantes que se despiertan y pocas las publicaciones especializadas en donde documentarse.

Para aproximarse a posibles respuestas, podemos buscar en las raíces de la literatura para niños y jóvenes en Colombia.

Tal vez el documento más completo alrededor de este tópico es el de la investigadora Beatriz Helena Robledo, en su libro *Antología de los mejores relatos infantiles*, publicado por la Colección Familiar Presidencia de la República, en 1997. Allí ella hace un recorrido por los autores y los textos más significativos de la producción literaria para niños en Colombia, desde la tradición oral hasta los escritores contemporáneos,

haciendo un acopio retrospectivo y ofreciendo luces sobre los inicios de un género poco estudiado.

Apoyándonos en este volumen antológico, encontramos que hasta cierto momento, la historia de la literatura dirigida a los más jóvenes estuvo saturada de material didactista, siempre puesto al servicio de la enseñanza de la lectura o de los valores morales y sociales, quitando peso a la obra de arte. Durante largos períodos, las producciones se limitaron a ser casi panfletos dirigidos hacia la ideología de turno.

Entre los autores que se sintieron obligados a “enseñar” a través de la literatura y que intentaron encontrar un lenguaje propio a pesar de utilizar fórmulas prestadas, encontramos a Rafael Pombo, conocido como el poeta de los niños, y considerado por muchos como el iniciador de un género poco desarrollado en Colombia.

### RAFAEL POMBO, CACHACO DE ULTRATUMBA

¿Quién es Rinrín Renacuajo, el hijo de Rana, descrito por Rafael Pombo en uno de sus *Cuentos Pintados*? Recordemos su descripción:

El hijo de Rana, Rinrín Renacuajo,  
salió esta mañana muy tieso y muy majo,  
con pantalón corto, corbata a la moda,  
sombbrero encintado y chupa de boda...

Este Rinrín Renacuajo vestía, actuaba, vivía como un típico cachaco bogotano, personaje fácilmente reconocible en las tertulias vespertinas que cada día se realizaban sobre el atrio de la catedral primada de Santa Fe de Bogotá.

Según Miguel Cané, en artículo recogido por Nicolás Bayona en el libro *EL ALMA DE BOGOTÁ*, los Rinrines de la época de Rafael Pombo, es decir a los cachacos bogotanos, eran así:

Lo que nosotros y los españoles llamamos calavera, se llama cachaco en Bogotá. El cachaco es el calavera de buen tono, alegre, decidor, con entusiasmo comunicativo, capaz de hacer bailar una ronda infernal a diez esfinges egipcias, organizador de las cuadrillas de a caballo en la plaza en el día nacional, dispuesto a hacer trepar su caballo a un balcón para alcanzar una sonrisa; jugador de altura, capaz de dejar hasta el último peso en la mesa de juego, a propósito de una rifa, pronto a tomarse a tiros con el que lo busque, bravo hasta la temeridad...de la vida, y que concluye, generalmente, después de uno o dos viajes a Europa, desencantado de la vida, en la hacienda de la sabana, de donde sólo hace raras apariciones en Bogotá. El cachaco es el tipo simpático, popular, bien nacido, con su ligero tinte de soberbia, mano y corazón abiertos.

Pero el cachaco se va; ya los de la generación actual reconocen estar muy lejos de la cachaquería clásica del tiempo de sus padres, pero se consuelan pensando en que las generaciones que vienen tras ellos valen mucho menos.

Rafael Pombo es la personificación de un perfecto cachaco del siglo XIX. Nieto de europeos, hijo de criollos de sangre pura, recibió una educación apropiada para los niños ricos, que se destacaban en un país prácticamente analfabeta. Su sensibilidad extrema lo acercó al movimiento literario de moda en Europa, el Romanticismo, y desde muy joven tomó la determinación de ser un



poeta y no un ingeniero, tal y como su familia esperaba que fuera.

Aunque Rafael Pombo vivió casi ochenta años, de 1833 a 1912, su insistencia en considerarse un moribundo fue permanente. A través de múltiples cartas, comunicó a sus amigos sobre sus dolencias y tristezas, y así como Rinrín Renacuajo recuerda a los cachacos, la Pobre Viejecita no deja de ser el retrato de otro de sus rasgos.

Érase una viejecita  
sin nadita que comer  
sino carnes, frutas, dulces,  
tortas, huevos, pan y pez.  
Bebía caldo, chocolate,  
leche, vino, té y café,  
y la pobre no encontraba  
qué comer ni qué beber...

Se murió de mal de arrugas,  
ya encorvada como un 3,  
y jamás volvió a quejarse  
ni de hambre ni de sed.  
Y esta pobre viejecita  
al morir no dejó más  
que onzas, joyas, tierras, casas,  
ocho gatos y un turpial.  
Duerma en paz y Dios permita  
que logremos disfrutar  
las pobrezas de esta pobre  
y morir del mismo mal.

No hay que olvidar que Rafael Pombo no inventó la trama original de éste, ni de casi ninguno de sus Cuentos Pintados ni de las Fábulas y Verdades ni los Cuentos Morales para Niños Formales.

Cuando vivía en Nueva York (allí vivió durante veinte años), la editorial Appleton, que conocía sus habilidades como traductor, le encargó una versión en español de las Nursery Rhymes, rondas y versos tradicionales de los niños anglosajones.

Podemos pensar entonces que Pombo carecía de temáticas personales pues Simón el Bobito, La Pastorcita, Rinrín Renacuajo, la

Pobre Viejecita y casi todos sus famosos poemas para niños, fueron apenas traducciones y adaptaciones.

Sin embargo su trabajo no se limitó a hacer versiones literales. Pombo agregó su ritmo y su estilo e introdujo la cultura bogotana, dando sabor y color a unas historias ajenas, para convertirlas en unas historias locales.

A lo largo y ancho del país los niños colombianos han recitado, generación tras generación estos versos. Y el placer de compartir en familia, desde el bisabuelo hasta el pequeño que recién aprende los primeros versos, no debe perderse. Este vínculo entre mayores y menores es el mayor aporte que dejó Rafael Pombo.

#### LAS NUEVAS PISADAS

Fue sólo hacia la mitad del siglo XX que la literatura para niños y jóvenes en Colombia inició una búsqueda alrededor de temáticas y lenguajes propios. Los creadores se volcaron entonces en la tradición oral, campesina e indígena, como fuente de inspiración para hacer sus recreaciones literarias.

Recopilaciones de coplas, décimas, adivinanzas, trabalenguas, dichos y refranes, así como narraciones sobre el Tío Conejo o sobre los espantos locales, fueron recogidos en diversas versiones. Mitos y leyendas indígenas fueron transcritos y adaptados a la palabra escrita, haciendo la transición de la oralidad a la escritura y enriqueciendo el acervo cultural de los centros urbanos, a donde difícilmente se conocerían estos aportes si no se contara con estas publicaciones.

Haciendo un repaso de las publicaciones anteriores a los años setenta, encontramos que numerosos libros eran publicados por sus propios autores, que, con esfuerzos personales sacaban una pequeña edición. Además de amigos o familiares, estas ediciones no llegaban al público pues no

tenían promotores ni distribuidores que movieran el mercado.

Casi lo mismo puede decirse de las publicaciones institucionales. La pobreza de diseño, ilustración y calidad editorial, convertía a unos posibles buenos textos en ilegibles, perdiendo la literatura tal vez excelentes contribuciones.

En 1976, Carlos Valencia Editores se propuso publicar cuentos y novelas, más que para niños, para jóvenes. Algunas obras ganadoras del Premio Enka, único concurso con prestigio en Colombia en esa época, hicieron parte de la colección. Estas publicaciones fueron las pioneras y las que abrieron las puertas a muchos autores que no encontraban quien los incluyera en sus publicaciones.

Después de Carlos Valencia Editores, otras editoriales colombianas se decidieron a seguir el ejemplo, intuyendo que la osadía valía la pena. Sin estos esfuerzos, no podríamos hablar de literatura para niños en Colombia. Si no son publicados y distribuidos, autores, ilustradores y diseñadores carecen de la posibilidad de dar a conocer sus obras y el estancamiento se produce.

Actualmente, buenos, regulares y hasta malos, los libros para niños y jóvenes se multiplican, creando de esta manera una cultura alrededor de un tipo de literatura que apenas hace guiños y despega en el país.

Pero el camino se despeja. Nuevos escritores proponen nuevos acercamientos a este género. La literatura infantil y juvenil en Colombia parece haber evolucionado hacia temas vinculados con la realidad nacional. Los personajes raizales, la vida escolar, la problemática social, los conflictos existenciales, son algunos de los temas que tocan, más o menos profundamente, con mayor o menor calidad, los escritores del momento.

¿Por dónde empezar a enfrentarse a la maraña de autores y libros? ¿Por editoriales? ¿Por géneros? ¿Por autores más o menos reconocidos? ¿Por secuencia cronológica? ¿Por calidad editorial? El ejercicio puede realizarse siguiendo distintos caminos. Uno de ellos es el haber alterado rumbos en la búsqueda de temas y lenguajes propios.

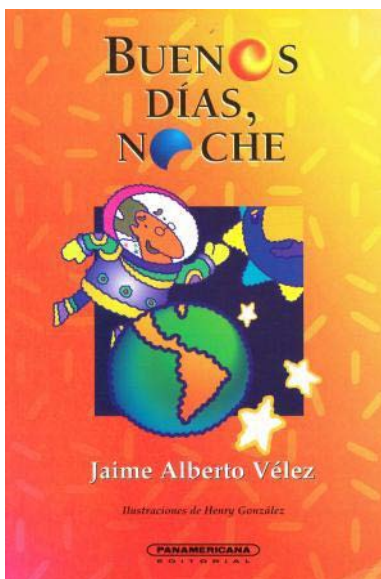
Entre los numerosos nombres que aparecen en los catálogos de las editoriales, y ante la necesidad de elegir entre muchos, en esta oportunidad daremos una mirada, partiendo de un criterio más afectivo que crítico, a tres autores colombianos contemporáneos, exponentes de corrientes diferentes: un fabulador, un poeta y un ilustrador quienes se han atrevido, desde sus creaciones personales, a poner de relieve tópicos como la idiosincrasia de la sociedad colombiana, la realidad social y la muerte, como personajes permanentes en la vida cotidiana.

#### JAIME ALBERTO VÉLEZ, MORDAZ FABULADOR

Ya hace tres años que este autor antioqueño murió prematuramente. Su tarea como escritor para niños comenzó con el desaparecido Premio Enka, que sirvió para impulsar un movimiento que estaba en

pañales en Colombia.

En 1987 ganó el Premio con su texto *Buenos días, noche* y desde entonces combinó su trabajo para niños con el de profesor universitario, poeta y



ensayista para adultos. Desde su ventana de la Universidad de Antioquia se dedicó a recrear personajes y situaciones nacionales, siempre desde la perspectiva literaria, pero conservando el carácter de crítico permanente. En su columna *Sátura*, en la revista *El Malpensante*, pregonaba sus ideas, burlándose sin piedad de cuanto merecía su sarcasmo perspicaz.

Jaime Alberto Vélez no desdeñó al público infantil. También a los niños quiso transmitir su pensamiento mordaz y cáustico y para ello utilizó, con maestría y preciosismo, el poder de la fábula, como arma de combate para simbolizar la mezquindad de la naturaleza humana.

Usando la fábula, con su tradición milenaria en donde los animales personifican al hombre, Jaime Alberto Vélez abordó los temas tabú y los conflictos existenciales sin pintarlos de manera directa, reflejándolos como Perseo, a través del brillo de su espada. Escribió fábulas concisas, sabias, en donde el pensamiento social y político de una época y una cultura se convierten en documentos sociológicos y pedagógicos que invitan a la reflexión, sin perder su sello de obra de arte, sin perder sus múltiples niveles de lectura e interpretación.

En *El león vegetariano* y otras historias, Jaime Alberto Vélez nos retrata como seres conflictivos y sinuosos:

#### EL CONSEJERO DEL REY

Durante un tiempo, el zorro había buscado la oportunidad de acercarse al león. Cuando por fin se encontró a su lado, trató de inmediato de congraciarse con él. No se requiere mucha astucia para saber que sólo una vez en la vida puede un zorro cualquiera hablar con el Rey de la Selva.

- Majestad – dijo -, yo, en su lugar, haría uso del poder.

- ¿Para qué? – preguntó sin interés el león.

- Ocorre que muchos no lo quieren a usted, y algunos descontentos hablan inclusive de atentar contra su poderío.

El león miró por primera vez al zorro.

- Es normal que así suceda. – dijo.

El zorro repuso de inmediato:

- No lo creo, majestad.

- ¿Por qué? – preguntó mecánicamente el león.

El zorro de dio aires de importancia.

- Si usted se descuida – dijo recalcando cada palabra – podría empezar a perder el poder que detenta, y otros aprovecharían para irlo reemplazando.

- Ahora lo veo con claridad – repuso casi para sí el león -. No me queda más remedio que ejercer el poder.

- Así se habla, majestad. ¿Cuál es el primer mandato entonces?

- Que te calles – dijo por toda orden el león.

Pese a su astucia, el zorro necesitó algunos instantes más para entender aquella súbita reacción.

¿A quién quiso retratar Jaime Alberto Vélez a través de ésta y sus demás fábulas? Cada cual puede aplicar el simbolismo a su realidad personal, en Colombia o en cualquier parte. El mayor aporte de este sarcástico y fino autor fue el de considerar a los niños como seres inteligentes y críticos, merecedores de textos con contenidos complejos y profundos, sin falsas acusaciones ni moralejas evidentes.

Cualquier comentario adicional, sobra. Las palabras de Jaime Alberto Vélez lo dicen todo, aunque no siempre los humanos queramos ser tan revelados.

## JAIRO OJEDA Y LOS POEMAS QUE SABEN A CANCIÓN... SOCIAL

Dos generaciones de colombianos han crecido cantando la música de Jairo Ojeda. Pero pocos recuerdan su nombre. El chontaduro maduro, que vende el negrito Arturo es tan popular que se ha convertido en parte de la tradición oral, no sólo de Colombia sino de varios países latinoamericanos.

En medio de la contaminación auditiva de palabras, ritmos y sonidos que sacuden los oídos de los niños de hoy, es refrescante, terapéutico, educativo y, sobre todo, entrañable, recuperar la voz de Jairo Ojeda.

Este poeta caucano lleva su tierra en la sangre. Su raíz campesina, de fuerte influencia indígena, está presente en los textos de sus canciones. La montaña, los personajes que acompañaron su infancia, los nacimientos de agua, en fin, los testimonios de una rica tradición repleta de emociones, palabras, rituales y situaciones que surgen de lo cotidiano y se entremezclan con un mundo fantástico, están en toda la obra de Jairo Ojeda.

Creando canciones para niños, Jairo Ojeda quiere mostrar también realidades que a veces son duras. La crítica social acompaña sus poemas. Jairo Ojeda no quiere callar esta realidad. Tampoco quiere caer en fáciles denuncias. Él transforma, cuenta poéticamente las verdades cotidianas, sin herir ni lastimar la sensibilidad infantil.

Para la muestra un botón:

Dicen que el diablo  
era un angelito blanco,  
hermoso querubín  
y el preferido.  
¿Y por qué ahora,  
y por qué ahora,  
lo pintan negrito,  
zambito, mestizo,  
como nosotros, mama,

como nosotros?

Hay un cuadro  
a la entrada de la iglesia de mi  
pueblo  
El diablo está vencido y sin  
clemencia,  
mientras un ángel blanco,  
con su caballo blanco,  
lo mira, lo humilla, lo desprecia.  
Como a nosotros, mama,  
como a nosotros.

Si el diablo es negro,  
mestizo, zambo  
en la China no hay diablos.  
¿Quién pintó al diablo,  
quién trajo al diablo,  
quién es el diablo?

Tú te quedas callada, mama,  
no me dices nada.  
Tú te quedas callada,  
no me dices nada.

Un diablo rubio,  
un diablo blanco  
es un gallo sin plumas,  
pobre diablo blanco.

Con un lenguaje provocador, sin hacer concesiones ni reverencias, Jairo Ojeda recoge el eco de voces profundamente arraigadas y regala a los niños sus poemas sobre sus montañas, atravesando regiones y convirtiéndose en intemporal. Jairo Ojeda no cuenta nada de manera directa. Su voz se adueña de las realidades y sugiere nuevas imágenes, sin artificios ni falsos melodramas.

A pesar de hacer planteamientos poco usuales en la temática para niños, sus creaciones se han convertido en parte del acervo nacional, como clásicos que pierden el nombre del autor y se transmiten a través de las generaciones, sin el bullicio y las lentejuelas de los productos de venta fácil,

que al cabo de unos pocos días desaparecen tan rápido como llegan.

#### IVAR DA COLL O EL ARTE DE HACER HERMOSOS LIBROS

Basta echar un vistazo a los libros de Ivar da Coll para explicarse por qué es considerado como el mejor ilustrador de libros para niños en Colombia, tanto que ha sido el único nominado a los Premios Andersen y Astrid Lindgren, los más importantes del género en el mundo. Sus títulos reúnen todas las cualidades que un buen título deben contener.

Los libros entran por los ojos. Una fea edición, con ilustraciones estereotipadas, sin carácter, sin expresión, sin adecuada diagramación, impreso en papel de baja calidad, es un libro que posiblemente se quede en el estante de la biblioteca o de la librería para siempre.

Un libro hermosamente editado puede contener, sin embargo un pésimo texto. Un buen título combina de manera armoniosa las imágenes, el diseño y el contenido literario: con una clara estructura narrativa, con temas que interesen a los niños, con lenguajes, tonos y ritmos apropiados. En los libros de Ivar da Coll textos e imágenes se combinan de tal manera que los resultados hacen de cada uno de sus libros un excelente material para niños y adultos.

Ivar da Coll, nacido en Colombia, con antepasados europeos, pero muy latinoamericano en su producción, utiliza cuanto elemento estético se pone a su alcance. Sus libros van desde álbumes para bebés como los muy recordados Chigüiros, hasta pequeñas novelas de brujas como Medias dulces, que en su momento fue publicado con CD interactivo.

La muerte, como personaje principal de un libro, hace parte de una de sus últimas producciones: El día de muertos. En ella Ivar da Coll recoge la antigua tradición mexicana

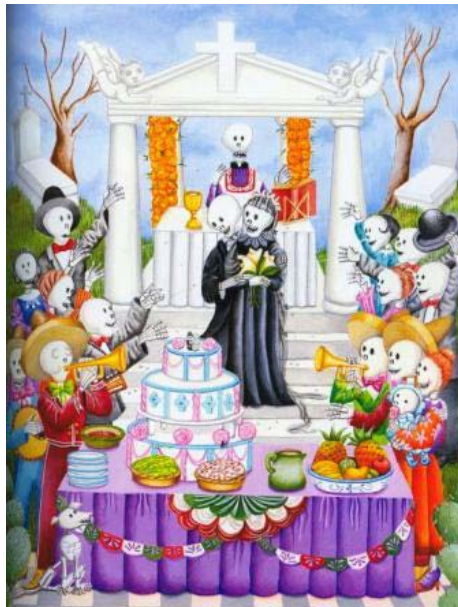
de visitar a los difuntos una vez al año,  
logrando que el más tabú de los temas se  
convierta en un poema y en una fiesta.

y un cráneo sin pelos,  
así son los muertos  
que están bajo el suelo.

El texto en verso recrea este evento:

### EL DÍA DE MUERTOS

En cada noviembre  
que viene la abuela  
nos trae, como siempre,  
historias, sorpresas.  
Papeles picados  
con mil calaveras.  
Pan rosa endulzado  
y atole de fresa.  
Y del cempasúchil,  
las flores del  
muerto,  
cargando en sus  
brazos  
racimos inmensos.  
En unos comales  
tortilla, aguacate.  
Copal, azahares,  
también chocolate.  
Elote, tamales,  
naranjas y plátanos.  
Puerquitos y aves  
de pan hecho a  
mano.  
Todo esto lo  
usamos  
haciendo un altar,  
ponemos retratos  
de los que no están.  
La tía María Antonia,  
mi abuelo José,  
mi gata Simona  
y el cuate Miguel.  
Más tarde sentados  
juntito a la abuela  
todos escuchamos  
sus calaveras,  
que cuentan la vida  
de los esqueletos  
y dan mucha risa  
sus cuentos de muertos.  
Un cuerpo de huesos



Y así sigue relatando Ivar da Coll las historias de los muertos familiares, con tono humorístico y amable, logrando que un tema considerado como tabú, especialmente para el público infantil, se convierta en familiar y divertido. Las ilustraciones recuerdan a las Calaveras de Posada, pero en versión para niños. A través de las ilustraciones, Ivar da Coll se apropia de las expresiones populares, que le interesan particularmente, y las resalta en sus libros, transformándolas en obras de arte frescas y novedosas.

### LO QUE VIENE

Como podemos apreciar, la literatura para niños en Colombia ya lleva un camino recorrido. En la búsqueda de temáticas y lenguajes es posible encontrar elementos conductores que caracterizan las creaciones y enriquecen el panorama. Cada día surgen nuevos

autores e ilustradores. Pero, por sobre todo, cada día son más las editoriales que se abren al mercado de este género.

Nuevamente nos enfrentamos a los por qué.

Una respuesta podría ser la económica: publicar buenos libros para niños es un buen negocio. Cada editorial tiene su departamento de promoción y ventas. En estos departamentos corretean como hormigas los promotores que despliegan su creatividad, de escuela en escuela, de institución en institución, con sus catálogos y sus muestras, ofreciendo esta vida y la otra a quien adopte sus planes lectores.

“Esta vida y la otra” va desde muestras y catálogos gratis, visitas de autores y conferencias de apoyo pedagógico, hasta viajes, televisores, computadores y ¡microondas!

No se puede negar que el negocio florece. Si una novela para adultos, por más premios que reciba, debe defenderse sola en las vitrinas de las librerías, un libro para niños puede ser adoptado por varias instituciones al mismo tiempo, multiplicando por treinta o cuarenta el número de ejemplares por cada salón de clase en donde se convierta en obligatorio.

También es cierto que el negocio de publicar y vender a autores nacionales es competido. Eso es bueno para la literatura infantil. La calidad debe mejorar a ojos vista. Una colección exitosa debe incluir buenos autores, buenos ilustradores, buenos diseñadores. Y el nivel de exigencia se hace cada vez mayor. Ya no convencen los cuentecitos que enseñan valores ni las rimas fáciles para aprender a multiplicar.

Los temas y sus tratamientos son más contundentes, más reflexivos, más concentrados en la psicología de los personajes, sin detenerse a juzgarlos por buenos o los malos. El estereotipo del bueno que gana al enemigo pierde terreno y la recreación simbólica de los conflictos internos del hombre ya hacen parte de los libros para niños, tal y como debe ser para considerarse literatura y no panfleto.

Como forma pertinente para validar esta afirmación podemos recordar las palabras del premio Nobel, Isaac Bashevis Singer, al referirse a su trabajo de escritura para niños:

Nunca creí que pudiera escribir para niños. Siempre tuve la equivocada idea impresión de que quienes escriben literatura infantil no son verdaderos escritores, como, asimismo, que los ilustradores no son auténticos pintores. Es cierto que de niño leí a los

hermanos Grimm en alemán y también traducciones de los cuentos de Hans Christian Andersen y que disfruté enormemente... No obstante, nunca cruzó mi mente la idea de escribir para niños... A los niños les gustan las historias interesantes; bostezan con los libros aburridos; creen en cosas tan increíbles como Dios, la familia, los ángeles y demonios, la puntuación y todos esos chismes anticuados; no leen para librarse de la culpa, ni para calmar su sed de rebelión, ni para sacudirse la alienación, ni para afirmar su identidad; sólo leen por placer, sin ningún respeto por el principio de autoridad".

#### PUNTO FINAL

En este breve asomo a la literatura para niños y jóvenes en Colombia, hay que recordar a otros protagonistas, casi ausentes pero necesarios para crecer: la crítica y las cátedras universitarias. Prácticamente no existen.

Sólo unas cuantas revistas reseñan títulos, más a manera informativa que constructiva. Están en mora las secciones especializadas en donde esta crítica se haga presente y ayude en el proceso de selección y de educación.

Por otro lado, incluir el área de literatura para niños en los programas universitarios es indispensable. Por lo menos en Colombia, casi ningún departamento de Literatura, Pedagogía o Bibliotecología se ha atrevido a llenar este vacío.

A pesar de que en sus aulas se preparan los futuros maestros de preescolar, primaria y bachillerato, quienes deben encargarse de la formación de lectores y conducirlos a través de procesos firmes y profundos, la universidad sigue empeñada en una academia endogámica que alimenta sólo a los críticos, sin atreverse a introducir libros que contribuyan a hacer más transitable el difícil camino crear un pueblo que pueda leer

y escribir. Mientras que la literatura para niños y jóvenes esté excluida de estos programas, los docentes egresados difícilmente accederán a la poderosa herramienta que esta literatura les ofrece para formar lectores a través del placer estético, de la identificación interior y del crecimiento con los libros. Tampoco podrán convertirse en críticos ni en productores de nuevos textos literarios para niños.

Entre más pronto la educación superior incluya esta materia en su programa curricular, más pronto veremos un verdadero despegue de un género que apenas hace sus primeros pinitos en la historia literaria de Colombia.

Sobre la literatura para niños y jóvenes en Colombia aún hay mucho por decir. El diálogo apenas comienza. Otras voces deben complementar estas aproximaciones. Esperamos que se hagan sentir pronto y con fuerza.

Hasta entonces.

#### BIBLIOGRAFÍA

Robledo, Beatriz Helena, Antología de los mejores relatos infantiles, Biblioteca Familiar Presidencia de la República, Bogotá, 1997

Pombo, Rafael, Cuentos de Pombo, Panamericana Editorial, Bogotá, 1997

Bayona Posada, Nicolás, El alma de Bogotá, Biblioteca de Bogotá, Villegas Editores, Bogotá, 1988

Isaac Bashevis Singer, Cuentos judíos, Editorial Anaya, Colección Laurín, Madrid, 1989, contracarátula.

Vélez, Jaime Alberto, Buenos días, noche, Editorial Panamericana, Bogotá, 1997

Vélez, Jaime Alberto, El león vegetariano y otras historias, Editorial Alfaguara, Bogotá, 2000

Da Coll, Ivar, El día de muertos, Lectorum, Singapur, 2003

Derechos reservados  
IRENE VASCO  
ABRIL, 2006  
Ilustraciones: Ivar Da Coll

